491

SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO

OCULTISMO

AÑO XV. — 1907.

MADRID. — ADMON.

ATOCHA, 127 DUPL.°

ÍNDICE DE 1907

Epílogos del mes.

Notas, Recortes y Noticias.

Bibliografía.

Se da cuenta de obras de M. Fleury, M. Duz, Varigny, H. Höffding, A. Auro, Th. Pascal, A. Besant, Mabel Collins, Guyán, Ruskin, P. Mulford, C. Wagner, Popper, Sergi, etc., etc.

MONTEVIDEO

ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

AÑO XV

LO QUE YA NO EXTRAÑA

Una vez nada más nos está permitido hablar de nosotros mismos. Y esa vez es hoy, el día de las grandes esperanzas, de los grandes propósitos, el día de las energías espirituales.

Este día representa para nosotros uno de los más dichosos de nuestra existencia, y ha venido por sí mismo á constituirse en una especie de fiesta, en un día de nuestro santo, de nuestro propio cumpleaños. La obra y la labor que venimos realizando hace catorce es nuestra sólo por delegación, por una administración espiritual que nos ha sido conferida para alivio y estímulo de todos por los mismos sobre quienes recae. Es una obra que realizan todos los hombres de buena voluntad; unos más evolucionados que otros, y otros decididos á progresar en tolerancia, en justicia, en caridad y en amor hacia los hombres.

La vida y la existencia de una revista teosófica en España no es, pues, ni una terquedad ni un milagro; es una consecuencia natural de las más antiguas enseñanzas que se han recibido en la Península y un resultado también de la constancia colectiva fijada en un esfuerzo.

Cuando hace tres lustros sólo podía conocer la inmensa mayoría el aspecto exterior de las enseñanzas teosóficas, aquélla

no veía en éstas sino algo raro, extrañísimo, loco. Después se consideraron esas exposiciones como exóticas, y hoy, que se las puede reconocer como hijas de otras exposiciones ofrecidas en todo tiempo por los más genuinos representantes del pensamiento nacional, si no se les hace toda la justicia que merecen, se acogen por lo menos sus escritos, sus libros y sus ideas con una gran benevolencia.

Este trabajo lo han realizado todos: los unos exponiendo su saber, sus atisbos; y los otros reportándose poco á poco en la audición y en la lectura de las palabras y de los escritos donde se han manifestado las enseñanzas.

No hemos llegado aún al resultado que nos proponemos, pero estamos en el camino que nos lleva hacia él. A nuestros propios esfuerzos han venido á sumarse la natural evolución de todos los hombres, los progresos y conquistas del pensamiento humano, las rectificaciones científicas más recientes y las últimas manifestaciones artísticas. Ejemplos de estos poderosos auxilios los tenemos en el ansia constante de una renovación moral que experimenta actualmente el hombre y que testifican á diario los mejores y más eximios pensadores de Europa y América; en el valor que se concede á la fuerza psíquica, única que se considera como agente para dirigir y gobernar en lo futuro los destinos humanos en sustitución de las fuerzas materiales y mecánicas, que hasta la fecha han venido disponiendo de la gran dirección; en las últimas concepciones de la materia; en las nuevas ideas sobre los orígenes de la vida; en la rectificación que sufren las ideas sobre los cuerpos, sobre el espíritu, sobre el carácter, sobre el genio, sobre el alma social.

Un concepto, por ejemplo, tan extraño para el pensar de Europa como las diversas *posiciones* del yo, el yo superior, el yo inferior, la idea de un yo septenario en el hombre, esa idea tan común, tan corriente en el mundo oriental, esa idea y enseñanza teosófica, va entrando en Europa y á la duplicidad del yo humano desde los días de Nietzsche; desde que apareció su gran obra *El origen de la tragedia* se recurre para explicar, *verbi gratia*, los desdoblamientos del entusiasta, del genial y del regicida.

En el arte, en la industria y en la vida la renovación es más palpable y manifiesta. El gigantesco y poderoso brazo de las grúas, que parecía simbolizar el elogio de la fuerza, ha sido sus-

tituído en muchas partes por motores más espirituales y más fuertes, de mayor musculatura, de más espíritu y casi con alma. Al poderse confeccionar aparatos que ven, que hablan, que sienten, que acusan sensaciones (vibraciones) que nosotros no sentimos, que ni sospechábamos siquiera, hemos puesto nuestro yo en el mundo y lo vamos á poner en todas sus partes. Nos dirigimos á la resurrección universal de los cosmos.

Este éxodo lo hacen actualmente todos los pueblos, y entre nosotros no sólo hay indicios de que lo hacemos, sino que hasta se sienten los pasos de aquellos que lo han emprendido. Pasamos también por la cuerda tendida entre el hombre y el *superhomo*. Hay más piedad, más caridad, más fraternidad, más accesión entre todos los hombres, y piedad, caridad, fraternidad, accesión fuertes, viriles, enérgicos, sin lágrimas internas en quienes las hacen y sólo con un brillo de reconocimiento en los ojos de los que las reciben.

Se persigue así el más elevado ideal ético, y todas las formas religiosas, por los esfuerzos del erudito, del artista, del hombre de ciencia, del psicólogo, del psiquiatra, van acercándose á un punto de concurrencia, y al lado de la tolerancia universal que comienza va surgiendo una religiosidad más definitiva y completa que cuantas ha conocido la humanidad presente. Las grandes crisis que sufren en estos momentos los diversos sistemas religiosos y confesionales no se deben nada más que al movimiento natural que ha de sufrir cada uno para satisfacer la tolerancia del espíritu público. Nos hallamos en los albores de una superreligiosidad, porque esa es la necesidad más grande y más apremiante del hombre que va hacia el *superhomo*, como antes nos hemos hallado en los comienzos de una caridad humana cuando de fieras nos dirigíamos á ser hombres.

El valor que actualmente tienen los problemas religiosos no puede parecer inusitado más que á los que ignoren que toda la cultura y toda la elevación humana se deben exclusivamente á esta idea fuera del hombre. Se atiende demasiado á los problemas religiosos para aquellos que olvidan que la primera acción que se historia de cada pueblo es el origen y la vida de sus dioses, y que las grandes cuestiones que se agitan actualmente bajo el título de cuestiones sociales no son más que problemas éticos y problemas de la más elevada religiosidad.

A veces, aun comprendiendo cuánta verdad existe en estas

afirmaciones, se recusa á los que estudian las religiones asiáticas, la religiosidad egipcia, la de los pueblos precolombianos, las formas éticas de los pueblos salvajes y las degeneraciones religiosas de los pueblos cultos. Se les recusa como si quisieran sustituir las representaciones idolátricas de Europa con los ídolos de las pagodas ó los fetiches de los creyentes errantes. El cuidado, la atención que se consagra por aquellos estudiantes á los símbolos más remotos, se toma como una adhesión á las supersticiones más absurdas; y el reconocimiento de las bellezas y las verdades que se encuentran en las varias cosmogonías religiosas que se recuerdan, como un signo infalible de la mayor falibilidad del juicio. Todo eso, sin embargo, hay que estudiarlo, hay que volverlo á ver para cimentar la verdadera tolerancia, para llegar tras ese viaje á través del espíritu universal al lugar donde nos hallamos con plena conciencia de nuestra misión y nuestro destino. Es la manera más seria de llegar á concebir la equivalencia religiosa y moral de los hombres, una equivalencia que no se hace por el espíritu intransigente con la misma justicia que se hace, por ejemplo, la de los sentimientos por encima de la diversidad de los idiomas.

Esta obra de justicia, de verdad, de fraternidad humana, es la que viene realizando desde su fundación la Sociedad Teosófica, y á esa obra contribuye esta revista con todas sus fuerzas. Que no es estéril este esfuerzo entre nosotros lo acredita la existencia y duración de la misma, y habrá de demostrarlo la labor que nos proponemos para lo futuro. Así, al lado de las enseñanzas más autorizadas habremos de añadir toda la documentación nacional que entre nosotros existe como testimonio de que aquí se conservan preciados monumentos de la Ciencia Olvido y no pocos vislumbres del Saber Oculto.

Entretanto, sentemos que hoy, en el día de las grandes esperanzas, de las grandes energías y de los grandes propósitos, no para nosotros, sino para un gran número, no es extraña la esperanza en una próxima y vecina resurrección del Gran Dogma, en el triunfo definitivo de la mayor y más grande de las religiones: la Verdad.

La Redacción

EL HOMBRE PERFECTO

Existe en la evolución del hombre un sendero por recorrer que precede inmediatamente al objeto hacia el cual tienden los esfuerzos de la humanidad.

Recorrido este sendero, el hombre como hombre ha cumplido toda su labor. Él ha alcanzado la *perfección*, ha llegado al término de su carrera. Las grandes religiones han dado diferentes nombres á este hombre perfecto; pero sea cual fuere este nombre, la idea que entraña es la misma. Puede llamarse Mitra, Osiris, Krisna, Buddha ó Cristo, siempre es el símbolo del hombre perfecto.

Este no pertenece á una sola religión, ni á una sola nación, ni tampoco á una sola familia humana: no es limitado por el lenguaje de un solo credo. El ideal más noble y más perfecto se encuentra en todas partes. Las religiones todas lo proclaman, todos los credos están justificados en Él. Él es el ideal que toda creencia persigue, y de la precisión con que ésta enseñe la ruta que á Él conduce, así como de la luz que arroje sobre este sendero, depende la perfección con la cual una religión cumple el divino mensaje que le fué confiado. Este nombre de Cristo, por el cual el Cristianismo designa al hombre perfecto, es el de un estado más bien que el de un hombre. El pensamiento del instructor cristiano fué la esperanza gloriosa del Cristo en nosotros. El curso de la evolución del hombre conduce, en efecto, al estado de Cristo, y todos, con el tiempo, debemos cumplir esta larga peregrinación.

Aquel cuyo nombre está en Occidente por encima de todos los hombres, es uno de los Hijos de Dios que ha llegado al objeto final de la humanidad. Esta palabra ha simbolizado siempre un estado, el de «Ungido» del Señor, que todos deben alcanzar: «Mira en tu interior, tú eres Buddha.» «Hasta que el Cristo sea formado en vosotros.» Tales son las frases de que se sirvieron los diversos instructores.

Para convertirse en un grande artista ¿no es acaso necesario oir las obras maestras de las celebridades musicales y abismarse en las melodías de los grandes maestros? Así deberíamos hacer nosotros, hijos de la humanidad: marchar con los ojos y el corazón abiertos en la incesante contemplación de las cimas donde permanecen los hombres perfectos de nuestra raza. Lo que nosotros somos, ellos fueron, lo que ellos son, llegaremos á ser nosotros.

Todos los hijos de los hombres pueden hacer lo que ha hecho el Hijo del Hombre; veamos, pues, en Él la promesa de nuestro triunfo. El desarrollo de la divinidad en nosotros no es sino cuestión de evolución.

La evolución externa puede ser dividida en submoral, moral y supramoral. Es submoral cuando la distinción entre el bien y el mal no es todavía percibida, y cuando el hombre se abandona á sus deseos sin protesta ni escrúpulo; es moral cuando esta distinción tiene lugar, y se hace más definida, más absorbente, y cuando el hombre se esfuerza en obedecer á la ley; y es supramoral, en fin, cuando la ley externa es sobreexcedida y la naturaleza divina dirige sus vehículos.

La condición moral reconoce á la ley como un dique legítimo, como una saludable restricción. «Haz esto, evita aquello.» Así, pues, el hombre se esfuerza de este modo por obedecer á la ley, entablándose una lucha constante entre las dos naturalezas, superior é inferior. En el estado supramoral la vida divina en el hombre encuentra su natural expresión sin dirección exterior. Un hombre semejante ama, no porque su deber sea amar, sino porque él es amor. Él obra según las nobles palabras de un iniciado cristiano, «no en modo alguno según la ley ó la orden de la carne, sino según el poder de una vida infinita». La moralidad es excedida cuando el hombre se encamina hacia el Bien; así como la aguja imantada se dirige hacia el Norte, del mismo modo la divinidad en él busca siempre lo que puede ser mejor para todos. Para un hombre semejante no existen ya más combates, puesto que la batalla ha sido ganada: el Cristo ha alcanzado su perfecto desarrollo, Él se ha convertido en el Cristo triunfante, dueño de la vida y de la muerte.

Este estado de la vida del Cristo ó de Buddha comienza con la primera gran iniciación. El iniciado es entonces á manera de un «recién nacido», ó algunas veces es también el «infante de

tres años.» El hombre debe convertirse de nuevo en un «inocente niño» para «entrar en el reino de los cielos.» Cuando ha franqueado este umbral nace entonces á la vida del Cristo, huella con sus pies «el camino de la cruz» y avanza á través de los sucesivos portales del sendero. Llegado al término de su peregrinación, y definitivamente libre de la vida limitada, así como de los lazos de la esclavitud, muere á tiempo para vivir en la eternidad, se hace consciente de sí mismo como vida más bien que como forma. No cabe duda de que en el principio del Cristianismo este estado de la evolución no fué reconocido definitivamente como el objeto posible de todo cristiano. ¿No estaba San Pablo ansioso *de que el Cristo naciese en todos sus convertidos?*

¿No demuestra este solo versículo suyo, que en el ideal cristiano el estado de Cristo era mirado como una condición interna, así como el período final de la evolución de todo creyente? Sería bueno que los actuales cristianos lo reconociesen, pues entonces cesarían de mirar la vida del discípulo, acabando en el hombre perfecto, como una importación exótica en Occidente de un pensamiento germinado en las lejanas tierras del Oriente. Este ideal forma parte de todo verdadero Cristianismo espiritual, y el nacimiento del Cristo en toda alma cristiana es verdaderamente el objeto de la enseñanza cristiana. El único objeto, de toda religión es precisamente el conducir á este nacimiento y si sucediese que esta mística enseñanza se perdiese, el Cristianismo perdería con ella el poder de elevar hasta Dios á aquellos que la practican.

***

La primera de las grandes iniciaciones es, pues, el nacimiento del Cristo, ó de Buddha, en la conciencia humana. Ser iniciado es exceder la conciencia del yo, esta renunciación de todas las limitaciones. Todo estudiante teosofista sabe que en el estado de Cristo, esto es, el estado entre el hombre bueno y el Maestro triunfante, hay cuatro grados de desarrollo. Cada grado es marcado por una Iniciación que conduce cada vez á una más grande expansión de la conciencia, la cual alcanza los más vastos límites impuestos por el cuerpo humano. El cambio que se opera en el primer grado es el despertar de la conciencia en el mundo espiritual, en el mundo donde la conciencia se identifica con la vida, y cesa de identificarse con las formas que la

aprisionan. Su característica es un sentimiento de súbita expansión y de radiación que trasciende los límites habituales de la vida y da la certeza de un yo divino y poderoso, que es vida y no forma, que es gozo y no dolor, el sentimiento de una profunda paz que sobrepuja todo cuanto se puede soñar en el mundo. Con el abandono de las limitaciones aumenta la intensidad de la vida, diríase que en el regocijo de haber roto las ligaduras que le aprisionaban, penetra en el interior de todas las cosas á la vez y tan realmente percibe este sentimiento, que toda vida en la forma es como la muerte y toda luz terrena á manera de tenebrosa noche. Es de una naturaleza tan maravillosa esta expansión, que parece que la conciencia se reconoce por la primera vez, pues todo cuanto había hasta entonces considerado como conciencia es considerado desde este momento como inconsciencia en presencia de la vida que se revela. La conciencia del yo, cuyo germen apareció con la infantil humanidad, que se desarrolla, crece y se expansiona siempre en las limitaciones de la forma, creyéndose separada, sintiendo siempre al «yo», hablando siempre de «sí» y de lo «suyo», esta propia conciencia siente de repente á todos los yos como al único Yo, á todas las formas como á su propia forma. El hombre perfecto ve que estas limitaciones eran necesarias para la construcción de un centro de Seidad en el cual pueda persistir su identidad, y al mismo tiempo siente que la forma no es sino un instrumento para su servicio, mientras que él mismo, conciencia viviente, es uno en todo cuanto vive. El conocer la entera significación de esta frase tan á menudo repetida, «la unidad de la humanidad», y siente lo que es vivir en todo cuanto vive y se mueve.

Esta conciencia es acompañada de un inmenso goce, este goce de la vida que, aun en sus más ínfimas reflexiones sobre la tierra, constituye uno de los éxtasis más profundos que el hombre conoce. Esta unidad no es solamente el intelecto quien la ve, sino que es sentida como satisfaciendo la sed de unión que conocen todos aquellos que han amado, es esta una unidad sentida dentro y no fuera, no es una concepción, es una vida. ¡Cuántas antiguas páginas han simbolizado este nacimiento del Cristo en el hombre, figurando siempre las mismas imágenes, y sin embargo, cuán groseras é insuficientes son todas estas palabras elaboradas por el mundo de las formas cuando se trata del mundo de la vida!

Por lo tanto, el niño debe convertirse en el hombre perfecto, y para llegar á esto tiene muchos trabajos que cumplir, muchas angustias que afrontar, sufrimientos que padecer, combates que librar y obstáculos que superar, antes de que el Cristo, débil niño en la cuna, alcance la estatura del hombre perfecto. Le es preciso vivir una vida laboriosa en medio de los hombres, sus hermanos, hacer frente al ridículo y á la desconfianza y librar del menosprecio con que fué recibido un divino mensaje; debe sufrir la agonía del destierro, la pasión sobre la Cruz así como la obscuridad de la tumba.

Todo esto se presenta ante el neófito en el sendero que acaba de entrar.

El discípulo debe aprender, por medio de una continua práctica, á asimilarse la conciencia de otro y franquear así «la herejía de la separación» que le hace mirar á los otros como distintos de él mismo. La conciencia debe crecer por una práctica diaria, hasta que su estado normal se convierta en lo que sintió en el momento de su primera Iniciación. Con este fin se esfuerza, en su vida cotidiana, en identificar su conciencia con la de aquellos que se le aproximan; se esfuerza en sentir cuanto los demás sienten, á pensar lo que los demás piensan; á regocijarse con sus alegrías y á sufrir con sus sufrimientos. Gradualmente desarrolla la simpatía perfecta, una simpatía capaz de vibrar en armonía con todas las cuerdas de la lira humana. Se aplicará poco á poco, para poder responder á todas las sensaciones como si fuesen suyas, por elevadas ó bajas que éstas sean. Se identificará progresivamente con todos, y siempre en todas las diversas circunstancias de la vida. De este modo aprende la lección de las lágrimas, así como la de la felicidad, y esto no es posible más que cuando ha excedido la conciencia del yo separado, cuando no pide nada para sí, cuando ha comprendido que no debe vivir en lo sucesivo sino la única y verdadera vida, la vida del Todo.

El neófito libra su más gran batalla cuando llega la hora de desprenderse de todo cuanto hasta entonces constituía su vida, su conciencia y su realidad; cuando suena la hora de marchar sólo, desnudo, debiendo cesar de identificarse con ninguna forma. Entonces aprende la ley de la vida, por la cual únicamente la divinidad interna puede manifestarse, la ley que es la antítesis de su pasado. La ley de la forma consiste, en efecto,

en tomar, mientras que la ley de la vida consiste en dar. La vida crece al derramarse á través de las formas que la contienen y es alimentada por el inagotable raudal de vida que está en el corazón del Universo; mientras más se vierte la vida al exterior más grande es la afluencia en el interior. Al joven Cristo le parece desde luego que toda su vida le abandona, que sus manos quedan vacías después que ha vertido sus dones sobre un mundo ingrato. La eterna vida no vibra en él más que en el momento en que la naturaleza inferior ha sido sacrificada toda entera; mas lo que se asemejó á la muerte, es ahora el nacimiento, la expansión en una vida más intensa. De este modo se desarrolla la conciencia durante todo el recorrido de la primera parte del sendero, la primera etapa.

* * *

Más tarde aparece ante el discípulo *el segundo portal de la Iniciación,* simbolizado en las escrituras cristianas por el bautismo del Cristo. Entonces, mientras se halla sumergido en las aguas de las angustias del mundo, el río á donde desciende cada salvador del mundo para recibir en él el bautismo, una nueva oleada de vida divina penetra entonces en él, y siente conscientemente que él es el hijo muy amado, y que la vida divina del Padre encuentra en él su más amplia expresión.

Siente iluminar su conciencia con la vida de la mónada «su padre que está en el cielo», y comprende que es uno, no solamente con los hombres, sino también con su Padre celestial. Siente que no vive sobre la tierra sino para ser la expresión de la voluntad del Padre, su vehículo manifestado. Su ministerio acerca de los hombres se convierte desde entonces en un hecho tangible en su vida. Él es el hijo que los hombres todos deben escuchar, puesto que la vida oculta fluye de su ser en oleadas, puesto que se ha convertido en el centro por el cual esta divina vida puede manifestarse al mundo exterior. Él es el sacerdote del Dios misterio, el Dios revelado que se adelanta con radiante y gloriosa faz, reflejando la divina luz que brilla en el santuario.

En este momento comienza la tarea del amor simbolizado en su expresión externa, por la ardiente sed de curar y ayudar. Las almas que ansían la vida y la luz se amontonan á su alre-

dedor, atraídas por su fuerza interna, así como por la fuerza divina manifestada en el hijo, elegida por el Padre. Las hambrientas almas vienen á Él y Él las alimenta, acuden á Él las almas devoradas por los pecados, y su divino verbo las sana; las almas cegadas por la ignorancia le buscan y también su sabiduría las ilumina. El abandonado y el pobre, el desesperado y el envilecido, acuden del mismo modo á Él, sin experimentar el menor sentimiento de separatividad; he aquí una de las señales de un Cristo en su ministerio. Los desvalidos sienten la fuerza atractiva de una simpatía que nada ni nadie rehusa, pues la bondad irradia de todo su ser, y el amor, el amor que todo lo comprende, alumbra su alrededor. El ignorante no sabe que tiene ante sí un sér que se encamina hacia la divinidad, pero, sin embargo, siente el poder que eleva y la vida que anima: respira en su atmósfera una nueva fuerza y una nueva esperanza.

* * *

Mas hele aquí ante el *tercer portal* que le conduce á un nuevo estado de progreso. Una vez franqueado este portal experimenta un corto intervalo de paz, de gloria, de iluminación, simbolizada en las Escrituras cristianas por la *transfiguración*. Esta es un alto en su vida, un corto reposo en su servicio activo, un viaje á la Montaña de donde surge la paz celestial: Él está allí, al lado de aquellos que le han ayudado en su camino hacia la divinidad, hacia esta divinidad que brilla un momento con toda su trascendental belleza. Durante esta tregua se le aparece su porvenir; una serie de cuadros se presentan sucesivamente ante su vista; ve los sufrimientos que le esperan, así como la soledad del Getsemaní y la agonía del Calvario. Entonces dirige sus ojos hacia Jerusalén, hacia la noche en la cual va á sumergirse por amor á la humanidad. Comprende que si quiere alcanzar la perfecta realización de la unidad debe pasar por la quinta esencia de la soledad. Aunque consciente hasta aquí de su creciente vida, le pareció siempre que le venía del exterior; mas ahora va á realizar que su centro está en él mismo. Es, en efecto, en la soledad del corazón que sentirá la verdadera unidad del Padre y del Hijo; unidad interna y no externa, y para que esto sea, perderá hasta la visión de su Padre; todo contacto con los hombres y aun con Dios debe cesar, para que en su propio espíritu pueda encontrar al Uno.

Mientras que la hora sombría se aproxima el nuevo Cristo se siente cada vez más sobrecogido, pues todas las humanas simpatías que creía haber adquirido por su vida y sus servicios pasados le abandonan, y en el momento más crítico, cuando busca á su lado una amistad que le conforte, aquellos que más amó yacen sumergidos en un sueño indiferente. Entonces le parece que todo lazo humano se ha roto, que todo humano amor no es sino un sarcasmo y toda la humana fé una traición. Entonces penetra en sí mismo y reconoce que sólo le resta su lazo con el Padre que está en el cielo, y que le es inútil toda ayuda humana. Se nos dice que durante esta soledad el alma está tan llena de amargura, que rara vez atraviesa este abismo del vacío sin exalar un grito de angustia; entonces es cuando la agonía le arranca esta exclamación de reproche: «¿No podéis permanecer una hora conmigo?» más ninguna mano humana puede estrechar las suyas en este Getsemaní de desolación.

Cuando es franqueada esta noche de desamparo y á pesar del alejamiento de la naturaleza humana por la copa que le es ofrecida, sobreviene la más negra noche en esta hora sombría; un abismo parece abrirse entre el Padre y el Hijo, entre la vida encarnada y la vida infinita.

En Getsemaní, cuando dormía toda amistad humana, la divina presencia del Padre constituyó para él todavía una realidad, mas en lo sucesivo esta presencia se vela y el Cristo queda solo sobre la Cruz. Esta es la prueba más amarga del Iniciado; ha perdido toda conciencia de su divinidad, y la hora de la esperada victoria se convierte en la hora de la más profunda ignominia. Todos cuantos enemigos le rodean triunfan; sus amigos y aquellos que le amaban le han abandonado; la divina ayuda se ha hundido bajo sus pies; bebe hasta la última gota de la copa de la soledad y del aislamiento, ningún contacto con el hombre ni con Dios vienen á echar un puente sobre el vacío donde está suspendida el alma impotente. Entonces, de este corazón que se siente aislado de todos, y aun del Padre, se escapa el grito de angustia, «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

¿Por qué debe experimentar esta última prueba, este último suplicio, esta ilusión, la más cruel de todas? Ilusión, en verdad, pues el Cristo moribundo es, de todos los hombres, el más próximo al Corazón Divino. Esto sucede, porque es preciso que el Hijo sepa que es uno con el padre á quien busca porque debe

encontrar á su padre no solamente en él, sino que debe reconocerlo como su más profundo Yo. Cuando sabe que lo eterno es el mismo y que el mismo es lo Eterno, solamente entonces se ha elevado para siempre por encima de la conciencia de la separación; entonces, y solamente entonces, puede ayudar efectivamente á su raza, y convertirse en una parte consciente de energía elevadora.

* * *

He aquí por último el *cuarto portal.* El Cristo triunfante, el Cristo de la Resurrección y de la Ascensión ha sentido las amarguras de la muerte, ha conocido todos los humanos sufrimientos y se ha elevado por encima de ellos por el poder de su propia divinidad. ¿Quien puede ahora perturbar en lo sucesivo su paz? ¿Quién podrá hacer caer sus extendidas manos para ayudar á los hombres?

Mientras holló con sus pies el estrecho sendero, aprendió á ser el receptáculo de la corriente de las humanas miserias, y á devolverlas como corriente de paz y felicidad. Esta era su labor entonces; entonces, esto formaba parte del dominio de su actividad, el cual consistía en transmutar las fuerzas discordantes en fuerzas amónicas.

Es preciso que ahora emplee estas fuerzas en beneficio del mundo, en beneficio de esta humanidad, de la cual él es la eflorescencia. De este modo, el Cristo y los discípulos, cada uno en proporción de su adelanto, protegen y ayudan al mundo. ¡Cuánto más encarnizadas serían las luchas, cuánto más desesperados los combates de la humanidad, sin la presencia aquí abajo de aquellos cuyas manos sostienen el pesado Karma del mundo!

Aun aquellos que comienzan apenas á poner los pies *en el estrecho sendero* se convierten en las fuerzas que ayudan la evolución, como lo son desde luego todos aquellos que trabajan sin egoismo en beneficio de los demás, si bien en un grado menor que los primeros cuya acción es continua y deliberada. El Cristo triunfante ejecuta de un modo perfecto lo que otros menos grandes llevan á cabo en diversos grados; por eso es llamado *el Salvador,* y esta característica es absolutamente perfecta en él. El Cristo no salva sustituyéndonos á nosotros, sino compartiendo con nosotros su vida. Él es sabio y su sabiduría nos hace más sabios á todos, pues su vida circula en las venas de los

hombres y está en todos los corazones. Él no está ligado á ninguna forma, ni tampoco separado de ninguna. Él es el hombre ideal, el *hombre perfecto,* cada sér humano es una célula de su cuerpo, y cada célula es nutrida por su vida.

¿Hubiera, en verdad, valido la pena que hubiesen podido los sufrimientos de la cruz, después de su penosa marcha por el sendero que conduce al árbol de la vida, si no se hubiese tratado más que de ganar su propia salvación ó su reposo? ¡Cuántos sacrificios para una ganancia semejante! ¡Cuán amargos combates para un tal precio! No, no, en su triunfo toda la humanidad entera triunfa; el sendero se ha hecho más corto para todos aquellos que lo pisan; la evolución, la raza entera se ha acelerado y se ha hecho más corta la peregrinación de cada hombre. Este es el pensamiento que le inspiró en lo más intenso del combate, el que sostuvo sus fuerzas y endulzó su amarga angustia. Todos los seres, desde los más débiles á los más degradados y los más ignorantes, están más cerca de la luz cuando el Hijo del Altísimo ha terminado su ascensión. La evolución será más rápida cuando un mayor número de estos hijos de Dios se habrán elevado triunfantes y entrarán en la vida consciente y eterna. La rueda que eleva al hombre hasta la divinidad girará más deprisa cuando un número mayor de estos hombres lleguen á ser conscientes y divinos.

*
* *

He aquí la fuerza que estimula y debe obrar en aquellos de entre nosotros que en sus inspiradas horas han sentido el poder de atracción de la vida divina, de difundirse en todas direcciones por amor á los hombres. Pensemos en los pesares del mundo que sufre sin saber por qué; en la miseria, en la desesperación de los hombres que ignoran por qué viven y mueren, y que día tras día y año tras año ven caer sobre ellos el sufrimiento sin encontrar la razón de ser de estos sufrimientos, que luchan con la energía de la desesperación, ó se revelan con furor contra unas condiciones que no pueden comprender ni justificar. Pensemos en la agonía que constituye su herencia engendrada por su ceguera, y en la obscuridad en que se agitan, sin esperanza, sin aspiraciones, sin el conocimiento de la verdadera vida y de la belleza que se oculta tras del velo. Pensemos en los millones de nuestros hermanos sumergidos en la noche; nosotros pode-

mos ayudarles un paso hacia la luz, mitigar sus sufrimientos, disminuir su ignorancia, abreviar su marcha hacia aquel conocimiento que es luz y vida. ¿Quién es aquel de entre nosotros que, sabiendo todo esto un poco, no se daría enteramente todo en bien de aquellos que no saben nada? Por la Ley inmutable, por la Verdad invariable, por la vida infinita de Dios, sabemos que la divinidad está en nosotros, y que, aunque en la hora actual desconozcamos todo su valor, sus posibilidades, sin embargo, son infinitas y prontas para elevar al mundo. ¿Quién es, pues, de entre nosotros, capaz de sentir las pulsaciones de la vida divina? ¿Quién no será atraído por la esperanza de ayudar y bendecir? Y si esta vida no se ha sentido más que débilmente y por un solo instante, si todavía no ha vibrado más que una sola vez en el corazón, no dudemos que este corazón encierra el poder que será la vida del Cristo, que tal vez está próximo el día del nacimiento del niño Cristo y que este corazón que comienza á vibrar, señala la eflorescencia de la futura humanidad perfecta.

Annie BESANT.

MITOS POPULARES ESPAÑOLES

BLANCAFLOR

Pues, señor, esto era una vez, hace muchísimos años, que había un Rey con varios hijos...

Uno de ellos era muy vicioso y jugador. Desesperado ya el padre, viendo que no podía hacer carrera de él, se le llevó á un palacio solitario en una espesura; el mismo palacio que antaño le sirviera como base de sus cacerías.

El perverso Príncipe, aunque nada le faltaba para su felicidad, se aburría soberanamente al no poder dar rienda suelta á su pasión favorita, hasta que una noche, desesperado, se dió trazas para llamar al diablo y ponerse á jugar con él.

Al principio todo fué mero pasatiempo; pero poco á poco se fueron interesando en el juego, y el Príncipe perdió, unas cosas tras otras, cuanto poseía, que siempre fué malo ponerse en dares y tomares con Lucifer. Por último, el inexperto joven se jugó

hasta la vida, y como jugase y perdiese por centésima vez, quedó hecho esclavo del demonio mediante el oportuno pacto, que firmó con su sangre. De allí á un año el acreedor volvería, pues, para llevárselo al infierno.

Cuando la reflexión obrara después, aunque tardíamente, en el desgraciado Príncipe, pensó que su única salvación sería el huir, aunque sin saber dónde ni cómo. Dicho y hecho. Fué á la cuadra y allí tomó su mejor caballo, poniéndose en loca fuga.

Andando, andando sin rumbo un día y otro día, topó con una alquería abandonada y, ¡oh sorpresa!, allí encontró un caballo extraño que se alimentaba de acero, ó acaso querría decir que tenía incansables músculos de acero. Por raro don también hablaba, y por cierto más cuerdamente que el Príncipe.

—¡Mira bien lo que haces antes de montarme—le decía el extraño animal—. Puedes ir á tu dicha ó á tu ruina!

El Príncipe no se paró en barras, y con su nuevo é incansable caballo siguió con más velocidad su misteriosa carrera.

Súbito, á los rayos de la luna vió brillar una cosa en el camino, la cogió y halló que era una herradura de oro purísimo.

—Esa misma puede ser tu perdición—objetó filosóficamente el caballo.

El joven no hizo gran caso de la advertencia.

Anda que te andarás, se halló de igual modo una pluma y más allá un zapatito, también de oro, y los cogió, no sin que el caballo repitiese por segunda y tercera vez su prudente advertencia.

Así fueron andando día y noche quién sabe las leguas, hasta que al séptimo día divisaron á lo lejos un monte, una gran laguna y una casita blanca.

—Mira—dijo el caballo al Príncipe—; me está vedado pasar de aquí. Allá á lo lejos, en aquella laguna y aquella casita blanca, puedes encontrar lo que buscas. En la laguna verás muchas flores blancas y hermosísimas que están diciendo cogedme; pero tú no las cogerás, sino que, tan pronto como llegues á la orilla, te echarás de cabeza al agua, sin titubear ni mirar á parte alguna, y entonces te apoderarás de Blancaflor.

El Príncipe se arrojó sin vacilar en las aguas del lago, y no bien llegó cerca del fondo cuando apareció Blancaflor llena de hermosura.

—¡Tuya seré!—le dijo, envolviéndole en deliciosa nube de

ambrosía—. Pero antes de poseerme te tiene que someter mi padre á duras pruebas, pues así está escrito que ha de suceder al que tenga que dar mi mano de esposo—añadió—. Es preciso que perseveres hasta el fin. Llámame cuando te veas en aflicción.

Momentos después se presentaba el padre de Blancaflor, que era un horrendo y sanguinario ogro.

—¡Te has perdido—le dijo al desventutado Príncipe con voz de trueno—. No soportarás las pruebas!

—¡Veremos!—replicó con valentía el joven mientras el ogro le hacía entrar en la casita.

Allí el ogro le registró minuciosamente. Al encontrar la herradura de oro, que en mala hora guardara el Príncipe, le dijo lleno de cólera:

—¡Ah, infame! Esta es la herradura del caballo que me robaron; es preciso que antes que se ponga el sol busques y me traigas el caballo á quien la herradura pertenece. De lo contrario te mataré sin piedad como con tantos otros he hecho. Y le dejó solo y lleno de terror.

—¡Blancaflor me valga!—clamó el Príncipe.

Instantáneamente se presentó, sonriente, la doncella.

—No temas—le dijo—; toma esta varita de virtud y ella te conducirá al palacio donde está el caballo de las herraduras de oro. Sólo te encargo que procedas con absoluta rapidez, porque las puertas del palacio encantado se abren momentos antes de dar las doce del día y se cierran así que ha sonado la última campanada. Si no aprovechas los momentos te quedarás dentro y estarás perdido.

El Príncipe obedeció puntualmente á su hermosa guía. Llegó al remoto palacio encantado, esperó á que se abriesen las puertas y en un santiamén penetró en la caballeriza, y tomando de entre todos los caballos que había en ella el de peor y más macilento aspecto, salió como se le había dicho al par que sonaba la campanada postrera de la hora. La puerta, al cerrarse, todavía cogió algunas cerdas de la cola del caballo.

El Príncipe presentó el caballo al ogro.

Grande fué la contrariedad de éste al verse derrotado. Gruñó de un modo horrísono y le dijo:

—¡Ah, infame; tú has llamado en tu ayuda á Blancaflor!... Pero yo te perderé—añadió, tétrico y amenazador.

Entonces, registrándole de nuevo, le halló la pluma de oro.

—¡Esta es la mía!—gritó aquella bestia—. Esta es una de las plumas de oro del ave de los prodigios que me ha robado algún ladrón como tú. Parte á traérmela inmediatamente si no quieres morir de una muerte atroz.

Cuando el ogro le dejó solo y lloroso, Blancaflor tornó al conjuro y le dijo:

—No temas, que el mundo se da todo al valor y á la fe. Toma mi varita de virtud y tráete el ave de los prodigios. La cosa no es difícil; vé al jardín encantado que hay en tal y tal sitio. Dale una vuelta entera, sin detenerte un punto ni hacer caso de las mil flores hermosas que te han de embriagar con sus aromas ni de los innumerables pájaros vistosos que querrán adormecerte con sus cantos deliciosos, diciendo: «á mí», «á mí». En lo más oculto de aquel paraíso hallarás una pobre avecilla moribunda y de feo aspecto y te la traerás, que ella es el ave codiciada, y en tus manos tornará á su sér.

El esforzado joven hizo como su Egeria le ordenó, y pronto el ogro tuvo la contrariedad de ver en sus manos el pájaro de las plumas de oro que había perdido.

Despechado adivinando la oculta protección que dispensaba Blancaflor al cuitado, se apresuró á terminar el registro de la ropa del Príncipe, encontrándose al fin con la chinela de oro, que tenía más escondida.

—¡Esta es la hora de mi venganza!—gritó fuera de sí aquella fiera—. Morirás sin piedad si no me traes á mi propia hija, la que calzó esta chinela y que está encantada hace mil años donde yo me sé. A bien que el caso es peliagudo y tú demasiado obtuso para que no caigas esta vez en mi poder. Vete.

El Príncipe partió desconsolado y sin rumbo fijo. El valor le abandonaba. Esta vez ni siquiera le tuvo para llamar á Blancaflor, y lo habría pasado mal, sin duda, si ésta no le hubiera inspirado al oído la resolución que debía adoptar:

«Seguirás sin parar este camino largo, largo; largo que parece no acabarse nunca. Cuando ya no puedas más encontrarás un estanque y cogerás de entre sus muchos y brillantes peces el pez más pequeño y flacucho, á quien los mayores acosarán. Harás un esfuerzo más y llegarás á un bosque de aves prodigiosas y cazarás aquella que veas que se refugia en ti huyendo del águila que la persigue. Marcharás, en fin, hasta no poder más, y allí donde caigas desfallecido verás una hormiguita que va huyendo

de un feo animal que quiere darle caza y te pedirá protección. Así llegarás adonde yo estoy. Los tres animalitos que habrás cogido, en pago de tu bella acción, te ayudarán á coronar la empresa.»

El Príncipe, haciendo sobrehumanos esfuerzos, obedeció ciegamente á su consejera y ejerció con singular cariño los tres actos protectores á los pobres animalillos que le recomendara la ninfa.

Llegó, al fin, ya muy de noche, al antro de una asquerosa bruja, y cuando, víctima del miedo, iba á caer en las garras de aquella harpía, que ya le acariciaba como presa, dijo:

—Rey de las aguas, sálvame.

Y súbito el pez le transformó en uno de sus congéneres, burlando las pesquisas de la bruja, que acababa de decir:

—No está en la tierra ni en los aires, luego está en las aguas—y en ellas le buscaba.

Al poco rato tornó el Príncipe á su sér y la bruja á su cantinela:

—No está en las aguas ni está en la tierra, luego está en el aire.

—Rey de los aires, sálvame—impetró el Príncipe.

Y el pájaro le transformó en uno de ellos.

Igual, punto por punto, le pasó con la hormiga.

Al fin la bruja, desesperada, dijo, chillando como ave de mal agüero:

—No está en la tierra ni en el agua ni el aire, luego está en mí.

—Reina Blancaflor, sálvame.

Entonces apareció ésta, radiante más que nunca de hermosura, y cayendo en sus brazos le dijo:

—Tuya seré ya pronto. Llévame á mi padre sin tocarme. Faltan todavía algunas pruebas. A la bruja y su cueva se las tragó la tierra.

Así lo verificó nuestro héroe.

El ogro le dijo desesperado:

—Yo acabaré con tu talismán. No te ha de valer Blancaflor. Mañana—añadió—me prepararás en aquél árido monte una viña de cien fanegas, y al anochecer he de comer uvas de ella. Si no lo hicieres te someteré al tormento y te haré cortar la cabeza.

Mortal escalofrío recorrió veloz las venas del Príncipe. Aquello era un imposible. No obstante, muy de mañana, con verda-

dera fe comenzó su tarea; pero iba á mediar el día y apenas si tenía abiertas algunas hojas. Evocó á Blancaflor, quien le dijo:

—Echate á descansar y no temas; la viña se pondrá por sí sola y esta tarde comerás uvas de ella. Ten confianza en mí.

En efecto; las malezas desaparecieron como por encanto al conjuro de Blancaflor. Nudosos troncos y verdes pámpanos ocuparon por encanto su puesto, mostrando uvas que era delicia el mirar.

A la noche la desesperación del ogro no tuvo límite cuando hubo comido las uvas.

—¡Juro que te he de perder al fin! Mañana—añadió—me buscarás y traerás del mar mi anillo nupcial, que en él se me cayó antaño.

Partió el joven para la playa sin perder la fe, pero muy triste ante el rigor de tanta y tanta prueba. Allí se le apareció Blancaflor.

—Cójeme y haz pedazos mis carnes sin piedad; introduciéndolas en una redoma arrójame sin titubear al mar y luego arrójate tras mí. En el fondo hallarás el anillo. Si derramas en el suelo más de una gota de mi sangre estamos perdidos.

El Príncipe practicó la cruenta operación con tanto esmero como pena. A pesar de sus cuidados no pudo evitar que cayese en la arena una gotita de la sangre de su amada. No obstante, hizo cuanto se le mandara y extrajo del fondo del mar el codiciado anillo. Al mostrarse Blancaflor después del triunfo, aparecía con un dedo menos por la gota de sangre que su amante derramó.

Para que el padre no notase la mutilación, hizo brotar Blancaflor un dedo de pasta en su lugar.

El ogro no sabía ya cómo perder al valeroso Príncipe. Llamó á sus numerosas hijas, entre ellas á Blancaflor, y dijo á aquél:

—Por los agujeros de esa puerta cerrada van á aparecer un dedo de cada una de mis hijas. ¡Ay de ti si por entre todos los dedos no distingues el de Blancaflor!

Pero el ogro no contaba con la huéspeda, y gracias á la mutilación de ésta, le fué sencillísimo distinguir de entre las demás á su hermosa dueña.

Luego el Príncipe se vió sometido á otras pruebas, tales como domar potros cerriles y tejer una tela invisible, inrompible é incombustible.

Finalmente, comprendiendo Blancaflor el decidido empeño de su padre, aconsejó al Príncipe que huyese con ella á los paternos rencores. Al efecto, le indicó que tomase de las caballerizas el caballo más ruín y enteco, que en la carrera habría de resultar más veloz que el mismo viento. Se habría de proveer también de un poco de agua, de un peine y ceniza.

Aquí dió el Príncipe, sin embargo, otra muestra de debilidad, y en lugar del caballo indicado tomó el que le pareció de más brioso aspecto. Caro pudo costar tal error á los fugitivos, pues tan luego como el ogro se apercibió de la fuga montó en aquel velocísimo caballo, con lo que le era muy fácil dar caza á la enamorada pareja.

Ya iba, en efecto, á sus alcances, y aterrado el Príncipe no sabía que hacer, cuando Blancaflor, serena como siempre, le dijo:

—Tira el agua que llevas sin mirar hacia atrás.

Así lo hizo con toda diligencia, y súbito empezó á correr entre el perseguidor y los perseguidos un torrente impetuosísimo. El ogro, detenido así en su camino, dió voces estentóreas, juró y maldijo en vano sin poder atravesar la corriente.

—¡Huyamos más y más!—añadió Blancaflor—; el efecto no durará más de una hora.

Sacaron con esto una gran delantera los fugitivos; pero el caballo del ogro, gracias al error del Príncipe, era más veloz que el de éste y pronto volvían á verse perseguidos de cerca los dos amantes.

—Tira tras ti el peine—ordenó Blancaflor.

Un matorral espesísimo, una intrincada selva los puso á cubierto de nuevo. Pero ocurrió como antes, que pasada la acción del encanto el ogro iba á alcanzarlos ya.

—Arroja el puñado de ceniza—siguió ordenando Blancaflor.

Densa niebla se extendió á espaldas de los fugitivos, y el ogro vagó sin rumbo largo rato, envuelto por ella.

El caballo de los fugitivos no podía correr más y su ruina era segura. Nuevo expediente salvador surgió en la eterna inventiva de Blancaflor.

—Bajemos—dijo á su joven Príncipe—. Tórnese el caballo una huerta, seas tú el hortelano y yo la más frondosa de sus lechugas; pero cuida de no venderme á nuestro perseguidor.

Fué hecho todo tal cual dijo momentos antes de alcanzarlos el terrible ogro.

—Buen amigo—preguntó éste—, ¿ha visto usted pasar por aquí á un joven que lleva una doncella robada?

—¡Tengo muy buenas lechugas!—repetía bobaliconamente el improvisado hortelano.

—¡Ea!... Pues le compraré esa del medio que es tan frondosa—; le dijo al fin, exasperado, el ogro.

—¡Ah, esa no se vende! La quiero para semilla—replicó el hortelano.

Fuése entonces el ogro camino de su antro, teniéndole por tonto. Mas no había desandado una legua cuando reflexionó, cayendo en el engaño de los supuestos hortelanos, huerta y lechuga, y echando veneno por sus secas fauces de fiera redobló con ahinco la persecución.

—Esta es la última—dijo Blancaflor cuando tornó á verle cerca—. Cámbiese el caballo en ermita, tú serás el ermitaño y yo la Virgen.

No bien fué esto dicho y hecho cuando el ogro llegó á las puertas de la ermita con su pregunta de siempre, de si el ermitaño había visto á los fugitivos, pregunta á la que el ermitaño se hacía olímpicamente el sordo, diciendo sólo que rezase una salve á su Virgen.

—Pues si no lo sabes yo te mataré—gruñó el ogro, comprendiendo el engaño.

Pero entonces Blancaflor desde su trono le dijo al Príncipe:

—No temas; hazle la señal de la Cruz.

El ogro, como hijo de las tinieblas, se encontró vencido, y ante el santo símbolo de la redención, pidió á la tierra que se abriese y se le tragase. Una llamarada horrible que apestaba á azufre, surgiendo del suelo le arrebató al abismo, entre blasfemias é imprecaciones inútiles.

Los fugitivos quedaron libres. Emprendieron en seguida el camino, no muy largo, de la corte del padre Rey, donde con toda pompa habrían de celebrarse sus desposorios. Ya junto á un pozo, á la entrada de la gran ciudad, dijo Blancaflor á su prometido:

—Es preciso que te adelantes tú para presentarte á tu familia, contarle lo ocurrido y disponerlo todo para nuestra unión. Yo me quedo aquí junto á este pozo, y sólo te encargo que no te dejes abrazar de ninguno, pues en el punto y hora que lo hicie-

rès, sin ser parte tú á remediarlo, me olvidarías y ambos seríamos desgraciados para siempre.

El Príncipe juró no olvidarla ni dejarse abrazar por nadie, según lo exigido, y tomó el camino de la gran ciudad. Allí padre Rey, sus hermanos, sus hermanitas, los nobles amigos, todo el mundo, en fin, salió á su encuentro para abrazarle con gran júbilo, cosa que él, fiel á su juramento, no consintió bajo pretexto alguno.

Pero no contaba con que su anciana abuelita, sin pararse en barras, se arrojó en sus brazos toda temblorosa. El Príncipe olvidó entonces sus deberes y con ellos á Blancaflor, cual se olvida al fin un hermoso ensueño.

La infeliz doncella quedó en aquel momento encantada en el pozo de la entrada de la gran ciudad.

Así pasó Dios sabe el tiempo, hasta que un día la hija de un magnate muy amigo de padre Rey, que era horriblemente fea, fué por agua á aquel pozo, y como se asomase á su fondo y viese retratado en él la celeste hermosura de Blancaflor, saltó alborozada, diciendo:

—¡Conmigo, que soy la más linda de todo el reino, se casará el hijo del Rey, mi señor.

En efecto; no bien la vió el Príncipe con los principales perfiles en su semblante de la encantada Blancaflor, á la que olvidada tenía, se enamoró perdidamente de ella, y de allí á siete días la iba á hacer su esposa.

Estando el Príncipe con ella en los jardines reales la víspera del día señalado, vinieron á decirle que una viejecita, con la cara casi tapada, quería hablarle.

—Échala fuera á esa tía vieja—decía la joven, movida por siniestros presentimientos.

—Que la traigan á mi presencia en seguida—mandó el Príncipe, obedeciendo á un secreto impulso.

La viejecita se presentó y pidió la venia al Príncipe para contarle una historia añeja.

Refirió entonces toda la larga serie de pruebas por las que había pasado el hijo de un Rey y el heroísmo con que las diera cima.

Pendiente el Príncipe de los labios de la anciana, como quien despierta de un sueño, iba recordando todo su pasado y la augusta protección de su Blancaflor querida. Cuando llegó al jura-

mento del pozo no la dejó seguir, y cayendo en sus brazos, transportado de felicidad, la dijo:

—Nadie sino tú lo sabe; tú eres, pues, mi idolatrada Blancaflor.

Entonces se desvaneció el encanto y la viejecita se transformó en un instante, apareciendo ser Blancaflor, más bella, ideal y soñadora que nunca.

Toda la corte celebró el suceso del Príncipe heredero y de Blancaflor, su esposa, con banquetes, justas y torneos.

Así el Príncipe, triunfante, y Blancaflor, su númen protector, se unieron para siempre, y á la muerte de padre Rey fueron los reyes del reino...

Y colorín colorado, mi cuento ya está acabado.

El hermoso mito de Blancaflor mueve á muy serias consideraciones.

Vése en él una leyenda de fondo celta con marcados toques orientales, en la que va envuelto todo el simbolismo del chelado, causando asombro que el pueblo haya podido conservar oralmente de generación en generación, á través de siglos inmensos, una tradición que recuerda por un lado el mito de Thor, por otro las hazañas de Odín y del Hércules griego, con rasgos de evidente analogía con la leyenda inspiradora del Fausto, y más que nada la tiernísima del Amor y Psiquis.

Rompiendo la vulgaridad de la vida, el Príncipe, como el celebérrimo doctor, busca lo ignorado, lo extraordinario, «por no bastar á nuestro sér lo conocido». Como él, firma el pacto con su sangre; como él emprende derroteros incomprensibles; como él va preparando y justificando cada vez más la unión definitiva (Samadhi) entre el yo inferior, representado en el Príncipe veleidoso, y el superior, simbolizado en las dulces sublimidades de Blancaflor, su númen, su Egeria, su Minerva inspiradora, con la que se desposa en definitiva después de haber triunfado de cuantos obstáculos interpone el mundo astral, representado en el ogro, que tan repetidamente pone á prueba la fe, la perseverancia y el vigor del neófito.

Éste sigue primero los estímulos de la curiosidad, «el deseo de la ciencia del bien y del mal», que diría el Génesis; cambia su

caballo por otro de férreas resistencias; halla el oro en diversas formas y con él un riesgo extraordinario de perdición que le impone las primeras pruebas. La característica de ellas es primero la audacia y la rapidez en el obrar, sin fiarse de apariencias exteriores. Ya en la prueba de recabar á Blancaflor para su padre, surge el divino elemento de la compasión universal hacia todo lo pequeño y abandonado, hacia todos los séres que sufren, «el amo á la araña, amo á la hormiga», de la inspirada musa de Víctor Hugo, homenaje insigne al dolor universal, que destierra al egoísmo y da la llave de oro del empíreo. En ésta y en las demás odiseas del Príncipe, se bebe á través del sencillo lenguaje popular la misma inspiración que informase á muchos cantos fantásticos de Espronceda y no pocas leyendas de Zorrilla.

En citada prueba se oculta ya el dominio de los cuatro elementos, gracias á la negación del propio ego inferior. Vienen luego la serie de pruebas de los humanos imposibles. La viña surge en el matorral cual los muros de Atenas al conjuro de Minerva. El recabar el anillo nupcial exige la renunciación de lo más querido, una operación de verdadera alquimia y un heroísmo sin igual. Por exquisita contextura kármica, la misma impericia del Príncipe le salva después de otra prueba difícil. La tela invisible, incorruptible, etc., es gemela de la famosa de Penélope, como los potros cerriles son similares de las fieras domeñadas por Hércules y los famosos bueyes de Gerión. Por su parte el jardín del ave de los prodigios, verdadera ave fénix, se relaciona con el clásico de las Hespérides ó con el dédalo de Ariadna. La gota de sangre vertida por inadvertencia trae también á las mientes la gota de leche desprendida del pecho de Juno para formar la Vía-Láctea, ó el grano de granada de las leyendas orientales en la noche de San Juan.

Como á Odín, como á Rha, como á Júpiter, como á Cristo, como á Mahoma, como á todos los Genios de todas las religiones, en fin, la fuga se impone al Príncipe y á su amada para escapar en definitiva á las herodianas persecuciones del ogro y acercarse así á la Gran Ciudad (al Amenti, al Devachán, al Empíreo), que conquistaran tras tanto y tanto esfuerzo: la ciudad de *Padre-Rey,* de Dios, del Creador, del Padre común, y por cierto que esta curiosísima desinencia es común á muchos romances populares.

. . . .

El error de última hora del Príncipe está á punto de valerle un fracaso completo por fiarse de las apariencias (ilusión, Maya), desoyendo el consejo de su númen. Esto acarrea nuevas y peligrosas pruebas espiatorias que de otro modo se habrían excusado y que revelan cómo el dominio de la Naturaleza entra por la recta intención (magia blanca). En la transmutación de la huerta y de la ermita se advierte ya la superioridad de acción de los elementos superiores del bien sobre los inferiores del mal (ceguedad de Herodes, transfiguraciones de todos los adeptos). Nótase ya en estos extremos la influencia ulterior del cristianismo y sus piadosas leyendas; la lucha cuerpo á cuerpo de Miguel y del ángel, trasunto de la vieja de Ormuz y Arhimanu y el triunfo de la santa Cruz. Un detalle análogo se registra en muchos otros mitos populares de época posterior, especialmente en la *Brivia,* horrorosa fiera, terror de los almogárabes catalanes y que figura ya en nuestro *folk-lore*.

La prohibición de que no abrazase á nadie, impuesta al Príncipe á su regreso á la corte, concuerda con las bellas frases de Hartmann sobre el supremo Yo del hombre, el del amor santo y exclusivo que, cual casta esposa, no tolera rivales. Este olvido á última hora es característico de infinitos cuentos orientales.

Dada la superior competencia de nuestros lectores, no tenemos por qué esforzarnos en demostrar por vía de síntesis que el plácido mito de Blancaflor, que hemos procurado transcribir con la mayor exactitud, aun sacrificando la redacción, es uno de los más típicos en nuestra literatura popular, como lo comprueban las infinitas versiones ó variantes con que aquí y allá le ha exornado la musa del pueblo, siempre fecunda y prodigiosa; ni menos que en él está encerrado bajo grata vestidura que le hace pasar de labio en labio, burlándose de los siglos, el símbolo de cuantas pruebas aguardan al hombre en particular y á la humanidad en conjunto antes de salvar el torrente impetuoso, el diez irae tremebundo de la mitad de la quinta ronda bajo el magno conflicto entre la inteligencia y la espiritualidad. Los *Hijos de la Mente* fueron los sembradores de esa semilla mítica, archivo de sus enseñanzas divinas y simbólicas á través de las edades de la tierra.

Mario ROSO DE LUNA

EL REGALO DE LOS DIOSES

§ II.—EL RECUERDO POPULAR DE LOS INSTRUCTORES

La existencia de los Instructores divinos está confirmada por manera indudable, y desde el fondo de la leyenda, desde lo más profundo de la tradición y del mito, la figura de los grandes Instructores se acerca hasta penetrar en la historia. Se ha observado ya, así, que las primeras sublimaciones humanas de todos los pueblos se ofrecen con ese carácter divino, ó dirigiendo el poder, ó inventando los primeros útiles del trabajo y las primeras nociones de la cultura. Los autores del fuego, del alfabeto, los arquitectos de las construcciones más soberbias, los autores de las empresas más grandes son precisamente los hombres más remotos, los grandes iniciados que presiden la evolución de las razas. Menes, Minos, Moisés, Prometeo, Thor, el mismo Salomón, principalmente objeto especial de este trabajo.

La leyenda y la historia van rastreando, por decirlo así, las huellas de la tradición oculta, y parece como que el íntimo sentido de los poetas no sea una mera adivinación debida al acaso, sino una verdadera inspiración divina; tanta es la semejanza entre los productos ofrecidos por la imaginación colectiva y lo que nos dice la tradición esotérica.

Los Instructores divinos no son, empero, tipos superhumanos que vivan únicamente en un pasado remoto. Hay Maestros ó Instructores para cada pueblo, para cada época y hasta para cada instante de la vida y la evolución humana. Esta afirmación del esoterismo, por extraña y sorprendente que parezca para los no familiarizados con esta suerte de enseñanzas, no es ni más ni menos que la misma afirmación positiva de la existencia de los hombres de genio, de los héroes de Carlyle,

de los hombres representativos de Emerson, del mismo superhombre de Federico Nietzsche y de los grandes hombres, en fin, que dirigen los destinos de todos sus semejantes. La tradición esotérica cree y afirma esto mismo, pero transportándolo á un orden más elevado y sublime. Todos esos sabios positivos, esos mismos sabios que reconocemos y proclamamos en nuestra vida diaria no son sino los mejores instrumentos de los grandes Maestros y Reveladores divinos.

Los trabajos más excelentes que se han hecho sobre la psicología del genio han deshonrado con frecuencia á nuestra especie, precisamente porque no se ha hecho en ellos la debida observación sobre las relaciones del genio con los Auxiliares ocultos. Así el genio, inexplicable sin esa relación, se ha ofrecido y se sigue ofreciendo como un mónstruo, como un contrasentido, hasta fisiológicamente considerado. Y por lo que se refiere á la adquisición de la verdad es tan grande el influjo mayávico de los más apegados á la ilusión del yo, que se cree por ellos que descubren é inventan por sí mismos lo que realmente no hacen más que transmitir, según una orden recibida, al cumplir el imperativo de la verdad, que se ofrece como una voluntad que ha de manifestarse. El que sabe la verdad ha de decirla; y saber, tener ciencia, es así, adquirir un compromiso por amor hacia nuestros semejantes.

El sabio seco es una imposibilidad moral; se sabe para amar, y la fecundidad creadora y reveladora del sabio es el gran signo de su amor hacia los hombres y hacia las cosas.

Siendo tal la excelencia del sabio no se ha desconocido nunca por pueblo alguno; así es que en el primer paso de la liberación espiritual de las razas, lo que se ha hecho ha sido proyectar todos los yos personales y subjetivos sobre un yo superior y simbólico bajo el título ó el pabellón de la tribu; y cuando las razas se han ido fundiendo por la necesidad al servicio del amor y de la fraternidad humana, las proyecciones étnicas de los pueblos han supervivido como superlativos del idioma. En el mundo occidental poseemos actualmente dos superlativos de esta índole como términos supremos del saber. Son precisamente dos nombres ilustres, tras cuya realidad se han ido superponiendo todos los anhelos del espíritu positivo. Salomón y Séneca representan para casi la totalidad de Europa toda la sublimación mental de nuestra especie, y esa representación

popular y legendaria de la sabiduría no puede rebajarse una línea por el saber erudito y elevado, aunque se recuerden nombres y sublimaciones tan bien cimentadas como Aristóteles y Newton, ó Vinci y Paracelso.

El culto popular al sabio es el recuerdo de los más antiguos Instructores, un recuerdo que ha ido pasando por todas las fases de la personificación de la cultura, siendo sucesivamente, como observa Carlyle en *Los héroes*, el dios, el profeta, el poeta, el sacerdote, el hombre de letras y el rey, ó como viera Emerson en *Los hombres representativos*, el filósofo, el místico, el escéptico, el poeta, el hombre de mundo y el escritor; y en un orden más serial y cronológico, como han visto los pueblos: el rey, el sacerdote, el guerrero, el poeta, el escritor y el hombre de ciencia.

La determinación específica del sabio, poeta, político, santo, etc., indica ya un alejamiento del verdadero Instructor, que no es nunca una cosa, una mente determinada en sentido particular. El Instructor enviado, el que no lo es por delegación, esto es, el Buddha, es un Instructor integral, completísimo. Los demás, los Instructores secundarios, que diríamos, los que están asistidos por un Maestro, instruyen, según su determinación lo consiente. Sus instrucciones no son así enciclopédicas, plenísimas, inauguradoras de un nuevo curso en la evolución humana.

En los dos recuerdos populares de Occidente que hacen relación á los Instructores divinos—hay muchísimos más, pero éstos son los más vivos—, lo que se ha hecho ha sido recordar vagamente los hechos y olvidar por completo al verdadero Instructor, que puede hallarse en otros casos, cuando no ha existido una suplantación tras una serie de estudios sobre el nombre y la acción del que pasa por el preterido. Es el caso de Foi, Bon y otras alteraciones del Buddha.

La sublimación superlativa de Séneca no es precisamente un recuerdo de Instructor alguno, es más bien una degeneración de ese recuerdo. Sobre un tipo real se han acumulado tal número de cosas que, por ser demasiadas, no ha habido lugar más que para una pobre leyenda. Con todo, la figura del sabio cordobés se ha exaltado como un precursor de las últimas revelaciones religiosas y políticas de Occidente, esto es, como un cuasi Instructor. Los primeros cristianos quisieron hacerle pa-

sar por suyo, y los mismos enciclopedistas creyeron que fué un antecesor de ellos. Pero en la creación de este superlativo no ha existido más móvil que el de señalar un límite superior á la inteligencia general. Es un superlativo pagano que nos queda.

El caso de Salomón es muy distinto. Hay una inclinación entre ciertos escritores á creer que Salomón es puramente un mito. Esto no es verdad en absoluto. Su existencia está perfectamente atestiguada. Hay un soporte, una base real mucho mayor que la que existe en lo puramente mítico; pero hay también en la leyenda salomónica una exuberancia tan grande y ornamental, que la realidad que existe queda muy lejos para asentirla sin valación alguna.

La figura de Salomón (1000 a. de J-C.) es por sí sola constituyente de un cielo mítico en el pueblo semita. Su leyenda no la utiliza, sin embargo, el pueblo hebreo hasta muy tarde, cuando ya la ha concluído el pueblo árabe. El pueblo hebreo fué el pueblo sabio, el pueblo culto, y así se limitó á la catalogación de las obras de su genio nacional *Los proverbios* y el *Libro de la sabiduría*, á los que se añaden luego la paternidad de *El cantar de los cantares* y un gran número de escritos estupendos que, lastimosamente estropeados, han llegado á nuestros días. La leyenda salomónica es una invención árabe, ha sido creada por el nómada de la Arabia en presencia de un vago recuerdo de sus noticias ocultas, adquiridas muy de prisa, sin reflexión alguna, en sus relaciones con la India. El Salomón legendario sólo puede confirmarse con muy pocas citas de la Biblia, y en cambio todo él está contenido en el Koran. En la infancia de Solimán ben Daud (Salomón, hijo de David) hay un episodio que la tradición árabe ha tomado visiblemente de una historia muy anterior á la época en que se escribe por lo menos el Koran. Es el primer juicio de Salomón. Ante David comparecen un pastor y un labrador en demanda de justicia porque una oveja del primero ha entrado en el campo del segundo y le ha ocasionado algún daño. El pleito ario. Salomón, que está presente, y que tiene entonces la edad de todos los juzgadores infantiles, la de Ciro, de Herodoto; la del Cid, de nuestro Romancero; la de Jesús cuando se presenta en el templo, once años, resuelve la contienda cuasi en favor del nómada, haciéndole pagar únicamente una indemnización, per-

mitiendo al campesino resarcirse de los perjuicios con la lana y la leche de la inocente malhechora (1).

Este pleito, improbable en un pueblo demasiado urbanizado ya, no es más que una nota de las muchas que pueden apuntarse para señalar las fuentes que han servido para la composición del mito y que manifiestamente proceden de Oriente. Todo el saber de Salomón, tanto del real como del mítico, procede de ese lado. Mad. H. P. Blavatsky observó ya que «debía sus conocimientos secretos á la India, gracias á Hiran, el rey de Ofir, quizá Sheba» (2). En la monumental obra de Juan Alberto Fabricio sobre los escritos apócrifos del Antiguo Testamento (3) se han recogido casi todos los documentos que nos quedan de la gran leyenda salomónica, y con ellos á la vista no puede menos de reconocerse el indianismo que palpita en los gérmenes de la misma. En comprobación de la observación de Mad. H. P. Blavatsky, pueden recordarse las relaciones que mediaron entre Salomón y la famosa reina de Saba, Belkis, según la denomina la tradición, y hasta las estupendas obras de magia que se le atribuyen, su sello y su anillo, que recuerdan el Sherkun indio y la famosa sortija de Sakuntala.

Este extremo será analizado más adelante.

Flavio Josefo, en sus *Antigüedades Judáicas*, haciéndose eco de la tradición sabia de Salomón, dice: «Excedía también mucho á los hebreos que en el tiempo eran tenidos en muy grande opinión de sabios, cuyo nombre no es bien que calle. Estos fueron Ethan, Heman, Chalcol y Dorda, hijos de Mahol» (4).

Refiriéndose á la ciencia mágica que poseía, el mismo historiador dice que la alcanzó divinalmente «para provecho y remedio de los hombres, la cual es eficaz contra los demonios, porque compuso ensalmos con que se curan tales enfermedades y dejó escritas maneras de conjuraciones, de las cuales huyen los demonios, que nunca más osan volver de allí adelante. Y esta manera de curar se usa hasta ahora muy mucho entre los nuestros, porque yo ví á uno de mi tierra llamado Eleazar que curaba muchos endemoniados en presencia de Vespasiano

(1) Koran, XXI-78 y 79.
(2) *Isis sin Velo*, I, pág. 212, edic. castellana.
(3) *Codex pseudoepigraphis Veteris Testamenti*. Hamburgo, 1722.
(4) Lib. VIII, cap. 2, edic. castellana. Amsterdam, 1554. Con todo, creo que esto es una piadosa interpolación. Véase III Reyes IV-32.

y de sus hijos, y de las tribunas y de otra gente, y la manera de la cura era ésta: llegando á las narices del endemoniado un anillo, debajo de cuyo sello estaba engastada una especie de raíz que Salomón había mostrado, al olor de ella por las narices salía el demonio, y cayendo luego el hombre lo conjuraba que nunca más volviese, haciendo á vueltas de esto mención de Salomón y recitando ensalmos que él había inventado. Y queriendo después de esto Eleazar mostrar á los que allí estaban la fuerza de su arte, no lejos de allí ponía una taza ó vaso lleno de agua y mandaba al demonio que salía del hombre que, derramándola, diese señal á los que lo miraban de que había dejado al hombre. Lo cual hecho, ninguno dudaba de cuánta había sido la ciencia de Salomón y su sabiduría. Por lo cual me pareció bien contar esto para que á todos sea manifiesta la grande y muy alta sabiduría de este rey, y cuánto fué querido de Dios, y cuán excelente en todo género de virtudes» (1).

El carácter *representativo, heróico ó superhumano* de Salomón es cosa atestiguada por de contado. Cuando pidió al Señor la sabiduría, el Señor se la otorgó, afirmándole que no habría ninguno parecido á él en lo futuro (2), y es fama que conoció desde el cedro del Líbano hasta el hisopo, la planta más humilde que se arrastra sobre la tierra (3). En la tradición hebráica, Salomón es al cabo vencido por el mal, y cae desde lo alto del saber en brazos de la carne. Este final no podía aceptarse de buen grado después de una exaltación tan grande. Era incomprensible esta nueva y preciosa reviviscencia de la leyenda de la caída del hombre, y así San Ireneo, San Hilario, San Cirilo de Jerusalem, San Ambrosio y San Jerónimo creyeron que volvió al Señor arrepentido de sus faltas (4). La leyenda árabe le asigna un fin intermedio entre la tradición judáica y la tradición cristiana. Viéndose viejo Salomón, y sin terminar el templo para que éste se acabara, pidió al Señor que ignorasen su muerte los genios constructores. El Señor le concedió esa gracia, y la muerte sorprendió al rey sabio arrodillado con su bastón á la mano, y así estuvo como vivo muchos años, hasta

(1) Obra citada. Lib. VIII, cap. 2.
(2) Reyes III, cap. III-12 y 13.
(3) Reyes III, cap. IV-33.
(4) Dom Calmet. Dict. hist. critiq. de la Biblie III. París, 1730.

que un gusano, royendo la contera del sostén, dió en tierra con el cadáver y enteró á los hombres de la muerte (1).

Estos detalles son, en verdad, del mayor valor para fundar la admiración profunda que se ha sentido universalmente por el rey judío; pero hay dos cosas que de modo más pricipal han servido de base para aquel reconocimiento, y esas dos cosas han sido: su carácter de Constructor, que le iguala á los grandes Iniciados de los primeros períodos, y el papel de Instructor de una raza que le confirma en la actitud que se le ofrece. El templo de Jerusalem y el famoso sello que se dice poseía como un don de los cielos; he ahí todo lo característico de Salomón, todo Salomón, todo cuanto tiene que tener para ser un recuerdo popular de los Grandes Iniciados.

Si lo fué ó no lo fué, esto puede decírnoslo cualquiera de los dos grandes fundamentos sobre que descansa ese recuerdo.

RAFAEL URBANO

La vida es el aprendizaje de la renunciación progresiva, de la continua reducción de nuestras pretensiones, de nuestras esperanzas, de nuestras fuerzas y de nuestra libertad.

El centro de nuestra conciencia es inconsciente como el núcleo del sol es obscuro.

El cálculo no es inútil, pero el azar se burla descaradamente del cálculo, y el resultado de una combinación no es, en manera alguna, proporcionado á su mérito.

Enrique Federico AMIEL

(1) Koran XXXIV-13.

DIÁLOGOS DE AMOR

POR

LEON HEBREO

Traducidos de la lengua toscana al castellano

POR

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA

MADRID, 1590

DIÁLOGO PRIMERO

FILON Y SOFÍA

Filon.—El conocerte ¡oh Sofía!, causa en mí amor y deseo.

Sofía.—Discordantes me parecen ¡oh Filon! esos afectos que en ti produce el conocerme; quizá la pasión te hace decirlo así.

Filon.—De tu parte discuerdas que son ajenos de toda correspondencia.

Sofía.—Antes entre sí mismos son contrarios afectos de la voluntad, amor y deseo.

Filon.—¿Por qué contrarios?

Sofía.—Porque de las cosas que estimamos por buenas, las que tenemos y poseemos amamos y las que nos faltan deseamos. De manera que lo que se ama primero se desea, y después que la cosa deseada es habida, entra el amor y cesa el deseo.

Filon.—¿Qué te mueve á tener esa opinión?

Sofía.—El ejemplo de las cosas que son amadas y deseadas. ¿No ves que la salud cuando no la tenemos la deseamos, pero no la amamos? Y después que la tenemos la amamos y no la deseamos. Las riquezas, las heredades, las joyas, antes que se alcancen son deseadas y no amadas, y después que son habidas no se desean más, pero ámanse.

Filon.—Aunque la salud y las riquezas cuando nos faltan no se pueden amar porque no las tenemos, empero se ama el haberlas.

Sofía.—Ese con hablar impropio, decir amar á lo que es que-

rer haber la cosa que es deseada; porque el amor es de la misma cosa amada y el deseo es de tenerla ó de gozarla. Y parece que no pueden estar juntos amar y desear.

Filon.—Tus razones ¡oh Sofía! más muestran la sutileza de tu ingenio que la verdad de tu opinión, porque si aquello que deseamos no lo amamos, desearemos lo que no se ama y, por consiguiente, lo que se há en odio, que no podría haber mayor contradicción.

Sofía.—No me engaño, Filon, que yo deseo aquello que ya que por no poseerlo no lo amo; cuando lo haya lo amaré y no lo desearé, y no por esto deseo jamás lo que aborrezco ni tampoco lo que amo, porque la cosa amada se posee y la deseada nos falta. Y cuál más claro ejemplo se puede dar que el de los hijos, que quien no los tiene no los desea, empero los ama.

Filon.—Así como muestras el ejemplo de los hijos, debieras acordarte del marido, el cual antes de que se haya es deseado y amado juntamente, y después que es habido cesa el deseo y algunas veces el amor, aunque en muchas no solamente persevera más, antes crece, lo cual muchas veces acaece asimismo al marido con la mujer. ¿Este ejemplo no te parece más suficiente para confirmar mi dicho que el tuyo para reprobarlo?

Sofía.—Esa plática tuya me satisface en parte, mas no en todo, mayormente siguiendo la equivocación de tu ejemplo, semejante á la duda de que disputemos.

Filon.—Yo te hablaré más universalmente. Bien sabes que el amor es de las cosas buenas, ó estimadas por buenas; porque cualquiera cosa buena es amable. Y así como hay tres suertes de bueno—provechoso, deleitable y honesto—, así hay tres suertes de amor. El uno es el deleitable, el otro es el provechoso y el otro el honesto. De los cuales los dos últimos, cuando se han en algún tiempo, deben ser amados, ó antes que se hayan alcanzado ó después. Lo deleitable no es amado después que se alcanza, porque todas las cosas que deleitan nuestros sentidos materiales de su naturaleza cuando son poseídas, son más aina aborrecidas que amadas. Conviene, pues, por esta razón, que concedas que estas tales cosas son amadas antes que se posean, y asimismo cuando se desean. Pero por que después que enteramente son poseídas cesa el deseo y cesa asimismo las más de las veces el amor de ellas, por esto concederás que el amor y el deseo pueden estar juntamente.

Sofía.—Fuerza tienen tus razones, á mi juicio, para probar aquel tu primer dicho; pero las mías, que le son contrarias, no son flacas ni despojadas de verdad. ¿Pues cómo es posible que una verdad sea contraria de otra verdad? Absuélveme esta duda que me hace estar confusa.

Filon.—Yo vengo ¡oh Sofía! á demandarte remedio á mis pe-

nas, y tú me pides absolución de tus dudas. ¿Por ventura lo haces por desviarme de esta plática porque no te agrada ó porque los conceptos de mi pobre ingenio te desplacen no menos que los afectos de mi congojosa voluntad?

Sofía.—No puedo negar que no tenga más fuerza en mí para conmoverme el suave y puro entendimiento que la amorosa voluntad. Ni por esto creo que te hago injuria en estimar en ti lo que vale más, porque si me amas, como dices, debes procurar antes aquietarme el entendimiento que incitarme el apetito. Por tanto, dejada á parte cualquier otra cosa, me absuelve estas mis dudas.

Filon.—Aunque la razón está pronta en contrario, empero conviene que por fuerza yo siga tu querer. Y esto nace de la ley que los vencedores amados han puesto á los forzados y vencidos amantes. Digo que hay algunos en todo contrarios á tu opinión, los cuales tienen que el amor y el deseo en efecto son una misma cosa, porque todo aquello que se desea quieren también que se ame.

Sofía.—Manifiestamente están en error, porque ya que se les conceda que todo lo que se desea se ama, cierto es que muchas cosas se aman que no se desean, como acaece con las cosas que se poseen.

Filon.—Rectamente has argüido en contra. Otros creen que el amor es un cierto género que contiene en sí todas las cosas deseadas, aunque no se posean, y semejantemente las cosas buenas adquiridas y poseídas, las cuales no se desean más.

Sofía.—Tampoco me suena eso bien, porque (como dicen) muchas cosas hay deseadas que no pueden ser amadas, porque no tienen ser, y el amor es de las cosas que tienen ser y el deseo es propio de las que no lo tienen. ¿Cómo podemos amar los hijos y la salud que no tenemos? Esto me hace temer que el amor y el deseo son dos contrarios afectos de la voluntad, y tú me has dicho que el uno y el otro pueden estar juntamente; declárame esta duda.

Filon.—Si el amor no es sino de las cosas que tienen ser, ¿el deseo por qué no lo será también?

Sofía.—Porque así como el amor presupone el ser de las cosas, así el deseo presupone la privación de ellas.

Filon.—¿Por cuál razón presupone el amor el ser de las cosas?

Sofía.—Porque es necesario que el conocimiento preceda al amor. Que ninguna cosa se podría amar si primero no se conociese debajo de especie de buena. Y ninguna cosa cae en nuestro entendimiento si primero efectualmente ella no se halla ser. Porque nuestro entendimiento es un espejo y ejemplo ó, por decir mejor, una imagen de las cosas reales. De manera que no

hay cosa alguna que se pueda amar si primero no se halla ser realmente.

Filon.—Verdad dices. Pero también por esa misma razón el deseo no puede caer sino en las cosas que tienen ser, porque no deseamos sino las cosas que primero conocemos debajo de especie de buenas. Y por esto definió el Filósofo lo bueno ser aquello que todos desean, luego el conocimiento, así del amor como del deseo, es de las cosas que tienen ser.

Sofía.—No se puede negar que el conocimiento no preceda al deseo, antes digo que no solamente todo conocimiento es de las cosas que son, mas también de las que no son, porque nuestro entendimiento juzga una cosa que es como la juzga, y así otra que no es. Y pues su oficio es el discernir en el ser de las cosas y en el no ser, es necesario que conozca las que son y las que no son. Diré, pues, que el amor presupone el conocimiento de las cosas que son, y el deseo de las que no son y de las que estamos privados.

Filon.—Así al amor como al deseo precede el conocimiento de la cosa amada ó deseada que es buena. Y el conocimiento á ninguno de ellos debe ser de otra cosa que de buena, porque si no fuese así el tal conocimento sería causa de hacer aborrecer totalmente la cosa conocida y no desearla ó amarla. De manera que así el amor como el deseo presuponen igualmente el ser de las cosas, así en realidad como en conocimiento.

Sofía.—Si el deseo presupusiese el ser de las cosas, seguiríase que cuando juzgamos la cosa por buena y deseable que siempre fuese verdadero el tal juicio. ¿Pero no ves que muchas veces es falso y no se halla así en el ser? Parece, pues, que el deseo no presupone siempre el ser de la cosa deseada.

Filon.—Ese mismo defecto que tú dices no acaece menos en el amor que en el deseo, porque muchas veces lo que estimamos por bueno y amable es malo y debe ser aborrecido. Y así como la verdad del juicio de lo que juzgamos causa los rectos y honestos pensamientos, de los cuales se derivan todas las virtudes, los hechos templados y las obras loables, así la falsedad del tal juicio causa los malos deseos y los amores deshonestos, de los cuales nacen todos los vicios y errores humanos. Así que el uno y el otro presupone el ser de la cosa.

Sofía.—No puedo, Filon, volar contigo tan alto; bajémonos de gracia más á lo bajo. Yo cierto que veo que ninguna cosa hay de las que más deseamos que propiamente no se ame.

Filon.—Siempre deseamos lo que no tenemos, mas no por esto lo que no es; antes el deseo suele ser de las cosas que son, las cuales no podemos alcanzar.

Sofía.—También suele ser de las cosas que efectualmente no

son y deseamos que sean, las cuales no deseamos tener, como deseamos que llueva cuando no llueve y que haga buen tiempo y que venga un amigo y que haga alguna cosa. Las cuales cosas aunque no son deseamos que sean por haber el provecho, mas no para poseerlas, ni por esto diremos amarlas. De manera que el deseo ciertamente es de las cosas que no son.

(Se continuará.)

Notas, Recortes y Noticias.

El Presidente fundador.

Un telegrama de Colombo, del 2 del pasado, manifestaba que el estado del Presidente fundador, el Coronel H. S. Olcott, era relativamente satisfactorio. Desde esa fecha ha entrado, en efecto, en una franca mejoría, y es de esperar que el sensible accidente que le ha acaecido no tenga ulteriores consecuencias.

Ha habido un momento en que el estado del enfermo inspiró las mayores inquietudes, y aquél fué cuando al llegar á Colombo sufrió un ligero colapso, del que, afortunadamente, volvió en seguida.

El estado general del Presidente es actualmente satisfactorio, salvo la lesión que se produjo en el talón y que fué causa del accidente que todos lamentamos. No hay que decir el sinnúmero de testimonios de cariño y afecto que ha recibido con tan triste motivo ni hemos de demostrar lo que agradecemos el interés que cerca de nosotros han manifestado cuantas personas han tenido noticia del suceso.

Haciendo votos por el completo restablecimiento de nuestro Presidente, invitamos á hacerlos á todos nuestros amigos y hermanos en la seguridad de que son hábiles y poderosas fuerzas los mejores y más sanos pensamientos consagrados á nuestros semejantes.

El XXXI aniversario de la Sociedad Teosófica.

Durante los días 27, 28, 29 y 30 de Diciembre se ha celebrado en Adyar, y no en Benarés como estaba anunciado, por el estado del Presidente fundador, el XXXI aniversario de la Sociedad Teosófica.

Annie Besant ha escogido para tema de sus lecturas «Los rayos de la Sabiduría Divina en los Upanishads», que ha des-

arrollado en cuatro sesiones bajo los títulos de «Brahma es todo», «Isvâra», «Jivâturas» y «La rueda de los nacimientos y de las muertes».

La Convención anual de la sección India de la Sociedad Teosófica se ha celebrado también al mismo tiempo, y tanto de un acto como de otro informaremos en el próximo número á nuestros lectores.

Nueva revista. Ha empezado á publicarse en Santiago de Chile una nueva revista teosófica titulada *El Pensamiento*. Deseamos al nuevo colega una próspera y larga existencia.

Las revistas. *The Theosophist*, de Madras, continúa la interesante publicación de *El Diario*, del Presidente fundador. Inserta, además, una información completísima sobre *El movimiento teosófico en Australia;* y entre otros trabajos, todos de relevante mérito, uno del Dr. Otto Schrader *¿Quiénes son los Pitris invocados en el Sraddhâ?*, que merece estudiarse detenidamente.

The Theosophical Review prosigue el estudio sobre *Los Rosa-Cruz en Rusia*, espléndida información á la que habrá de recurrirse cuando quiera estudiarse el movimiento religioso en aquel país. G. R. S. Mead fija admirablemente en breves páginas el concepto de *Herejía*, y un escritor tan competente como P. T. Srinivasa Aiyengar, estudia *La fisiología del sistema nervioso según los hindus*, observando los inconvenientes que resultan de las malas adaptaciones terminológicas al exponer para Oriente ú Occidente las enseñanzas.

Theosophia, de Amsterdam, prosigue la versión holandesa de *El Diario*, del Presidente fundador. F. Lieftinck consagra un artículo á *Los pares de oposición*. M. Ticdeman de Jonge inserta un trabajo intitulado *Magda*, y R. de Leusselinck examina en un extenso trabajo la obra de Enrique Borels sobre *El arte chino*, no hace mucho publicada por aquel distinguido artista.

The New Zealand Theosophical Magazine, de Auckland (Nueva Zelanda) consagra algunas páginas al discurso del Presidente fundador, últimamente pronunciado en el Congreso de París; y entre otros artículos prosigue la serie sobre *Los antiguos misterios*, inaugurada por W. Meiville Newton.

The Metaphysical Magazine, de Nueva York, continúa el inte-

resante estudio de Kannoo Mal sobre *El Sendero de la devoción*. J. L. Hasbroucke examina *La idea de la salvación*.

Hemos recibido también *Verdad*, de Buenos Aires, que prosigue las traducciones de *Isis sin Velo*, de *La Filosofía esotérica*, de *El cristianismo exotérico* y de *La Rusia y sus misterios*.

Por retrasos ó deficiencias de servicios postales no hemos recibido desde hace meses *The Theosophic Gleaner*, de Bombay; *The Quarterly Theosophical Review*, de Nueva York, y la *Revue Theosophique Française*, de París.

De las demás publicaciones que hemos recibido acusaremos recibo en el próximo número.

La superstición de todos los años. Con motivo de nuestra Lotería Nacional de 22 de Diciembre han salido á la superficie las pequeñas prácticas supersticiosas, no desarraigadas todavía de nuestras gentes sencillas.

A propósito de la adquisición de cinco décimos del número que ha obtenido el primer premio decía un periódico al día siguiente:

El comprar D. Rafael Ayala los cinco décimos obedece á que recibió una carta de su amigo Miguel Agulló, en la cual le decía:

«Cómprame cinco décimos para la Lotería de Navidad; pero es necesario que antes te laves las manos, no te toques los calzones y te las vuelvas á lavar cuando me remitas los décimos.»

Así lo hizo el Sr. Ayala; y ayer, al saber que el *gordo* era el número 34.746, telegrafió al amigo de Huércal-Overa:

«Me ha tocado el *gordo*. ¿No te lo decía yo? ¡Viva España!»

SOPHIA ※ ※ ※ ※ ※ ※ ※ ※ ※
※ ※ **desea á todos sus lectores**
※ **una buena entrada de año** ※

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.